LA DEMOCRACIA VENEZOLANA: RETOS Y PERSPECTIVAS

Aníbal Romero

1980

"El carácter concluyente es la propiedad más esquiva de una solución política... El arte del estadista es el arte de encarar lo incompleto".
Sheldon Wolin: Política y Perspectiva

1.Introducción

En este texto, me propongo explorar varias tesis, que enuncio a continuación:

Primero: La situación interna de Venezuela, que acusa graves signos de deterioro socioeconómico y político-institucional, constituye en estos momentos —y para el futuro previsible— el principal problema de seguridad nacional del Estado democrático. Lo creo así porque seguridad nacional significa, por un lado, preservación y protección del territorio y de los habitantes del país, y por otro, sostenimiento y ampliación del régimen pluralista y de libertades interno así como de la capacidad de acción autónoma de Venezuela hacia el exterior. Considero que esas libertades, y esta autonomía, corren peligro, en vista de la creciente crisis de la democracia, del avance —paulatino pero firme— hacia una situación de pre-colapso, y de las perspectivas que pueden percibirse de una posible salida autoritaria.

Segundo: La realidad del deterioro trasciende las causas puramente políticas —fracaso paulatino del liderazgo y de las más vitales políticas públicas, conversión de los partidos en meras maquinarias electorales, y descontento generalizado de la población—, y hunde sus raíces en lo económico y social. Comienzan a presentarse en Venezuela "constelaciones de problemas" y "estrangulamientos del desarrollo" semejantes a los que han producido el derrumbe de la democracia pluralista en la mayor parte de las naciones latinoamericanas.

Tercero: El Estado venezolano no puede, a corto plazo, dejar de ser un Estado "rentista", dependiente para su estabilidad de una economía "postiza" sustentada sobre la liquidación del petróleo; sin embargo, sí es posible imprimir a la dirección del Estado un cambio de rumbo, y asumir responsablemente una voluntad de conducción que restaure la credibilidad de la democracia. En otras palabras, si bien las dificultades que padecemos tienen hondas raíces estructurales, tanto sociales (desigualdades y carencia de recursos humanos capacitados) como económicas (distorsiones derivadas de la "artificial" productividad petrolera) *las soluciones*

empiezan por ser políticas, y tienen que ver con la *calidad del liderazgo* nacional, su capacidad para *decidir y concentrar esfuerzos* en prioridades claramente definidas, y de dar a los venezolanos una imagen realista de nosotros mismos, de los problemas que enfrenta el país, de las alternativas que se presentan hacia adelante y de los costos que ellas implican.

Cuarto: En este proceso de clarificación de la dirección política del país, la política exterior juega un papel de gran importancia por dos razones: a) De un lado, la política exterior encarna hacia el mundo la percepción que el Estado tiene de sí mismo, de sus potencialidades y limitaciones; si esa percepción es errada o torpe, si nos conduce a adquirir compromisos innecesarios, a acometer empresas equivocadas, a suscitar recelos y malgastar energías, las repercusiones sobre el país son altamente perjudiciales; b) De otro lado, siendo la política exterior un instrumento para la supervivencia y progreso del país, su principio-guía en todo momento debe ser el interés nacional, y sus objetivos deben relacionarse en forma estrecha a lo que debe pretenderse internamente en Venezuela. Si el propósito central de la política interna es lograr que un orden pluralista y democrático se sustente sobre los cimientos de una creciente igualdad social y progreso económico, la política exterior deberá instrumentarse en función de esos fines. Es decir, en síntesis, que la política exterior refleja la imagen que el Estado tiene de sí mismo; si esta última se encuentra distorsionada, la política exterior, en lugar de servir los propósitos internos de la nación, contri-buirá más bien a obstaculizarlos.
Trataré de ampliar estos planteamientos y de explicar sus diversas implicaciones.

2. Vulnerabilidades de la Democracia Venezolana

El sistema democrático establecido en 1958 se funda-mentó sobre expectativas de participación política creciente y mejoramiento continuo en lo social y económico. Los diversos sectores que convergieron en la creación de ese nuevo orden de cosas lo hicieron en función de aspiraciones comunes: se trataba de un régimen incorporativo, que, en teoría, debía satisfacer las pretensiones de grupos diversos, con intereses muchas veces en el fondo divergentes, pero dispuestos, sin embargo, a acatar ciertas "reglas del juego" en la medida en que el sistema brindase respuestas. De hecho, todas las democracias pluralistas que existen descansan sobre coaliciones sociales heterogéneas, pero no todas se levantan sobre las mismas condiciones políticas y socioeconómicas. En América Latina, la democracia política —en los cortos períodos de tiempo en que ha existido— se ha visto forzada a sus-tentarse sobre economías desequilibradas y sociedades desiguales, y ha sucumbido bajo el peso de una acumulación de demandas contradictorias y antagónicas.

El dilema se plantea entre, por una parte, las exigencias de la acumulación y el ahorro como palancas de inversión y crecimiento económico, y, por otra, los requerimientos distributivos de todos los sectores, pero en particular de los menos favorecidos —la mayoría— cuya presión (por educación, servicios públicos, vivienda, empleo) en lugar de reducirse aumenta constantemente, e impone al Estado un

gasto en permanente abultamiento. En América Latina, con excepción de Venezuela, Costa Rica y parcialmente de Colombia, y a diferencia de las democracias occidentales "avanzadas", no ha sido posible preservar por mucho tiempo coaliciones heterogéneas en juego político abierto, y el dilema distribución versus capitalización ha llegado, siempre, a un punto de ruptura final, con la aparición de regímenes autoritarios "excluyentes". Estos últimos resuelven el dilema aplazando para un futuro indefinido las expectativas "distributivistas".

¿Qué ha permitido en Venezuela la supervivencia de la democracia? Sin duda —y esto no es nada original— ello en buena parte se explica por la gran capacidad de maniobra que otorga al Estado la renta petrolera, que le posibilita dar algún tipo de respuesta —aunque sea mínima— a las expectativas múltiples y encontradas de grupos diversos y con de-mandas que se contraponen. La fragilidad fundamental de la democracia venezolana está en que se basa en la esperanza generalizada de un progreso socioeconómico continuo, en tanto que la economía no ha podido dejar de ser "postiza". A pesar de que el "juego de acrobacia" del Estado con los distintos sectores sociales ha dado resultados medianamente satisfactorios por dos décadas, ya se hacen evidentes alarmantes signos de descomposición. En otras naciones latinoamericanas (Brasil, Argentina, Chile, Uruguay) se presentaron cuatro causas de crisis económica: el deterioro en los términos de intercambio internacional, el agotamiento de la sustitución de importaciones, la estrechez de los mercados internos, y finalmente el aumento ineluctable de las demandas "distributivistas" de todos los sectores, en especial los populares. En Venezuela ya existen estos estrangulamientos del desarrollo, y a ellos se añade el fracaso, cada día más patente, de las ambiciosas políticas de inversión del Estado (en la zona de Guayana, por ejemplo) que presuntamente harían menos rentista nuestra economía erigiendo una base autosostenida de producción industrial pesada.

Los resultados de todo lo anterior no podrían ser más elocuentes: el presupuesto nacional se disipa en gran parte en gasto corriente; el Fondo de Inversiones de Venezuela se ve forzado a emplear sus recursos antes de tiempo para apuntalar inversiones internas; la deuda pública crece desmesuradamente, y, como punto culminante de este proceso, el Estado se lanza a contratar —a empresas extranjeras— la explotación de la Faja del Orinoco, enorme panacea que promete dar un "respiro" a un sistema agobiado por sus propias contradicciones.

3. El Estilo del Liderazgo Nacional y la Alternativa Autoritaria

A la constelación de problemas descrita, se suman en Venezuela las dificultades provenientes del estilo político populista que predomina entre el liderazgo nacional. Varias características definen ese estilo: en primer lugar, la vocación demagógica, que lleva a ofrecer más de lo que se puede dar, y a generar expectativas que no son satisfechas; en segundo lugar, la concepción de la política como manipulación y la "visión de túnel" electoralista, que obstaculizan la voluntad creadora y merman la

potencialidad de las maquinarias políticas para actuar como agentes del cambio social. Por último, una característica clave, y quizás la más nefasta, de ese "estilo" tan común en nuestro liderazgo es la incapacidad para ver un abismo, contemplarse en él, y tomara tiempo las medidas correctivas para rectificar el rumbo y evitar una catástrofe.

En tal sentido, uno de los pasos esenciales que deben darse con miras a afrontar políticamente la situación de deterioro nacional, es tomar plena conciencia de los riesgos que ella implica, en especial el de la gestación de una posible salida autoritaria en un futuro no muy lejano. Ello ha ocurrido en otras naciones latinoamericanas de desarrollo democrático más sólido que el nuestro, a causa no tan sólo de crisis estructurales en la economía, sino también, y fundamentalmente, del fracaso de las élites políticas civiles en gestionar en gasto corriente; el Fondo de Inversiones de Venezuela se ve forzado a emplear sus recursos antes de tiempo para apuntalar inversiones internas; la deuda pública crece desmesuradamente, y, como punto culminante de este proceso, el Estado se lanza a contratar —a empresas extranjeras— la explotación de la Faja del Orinoco, enorme panacea que promete dar un "respiro" a un sistema agobiado por sus propias contradicciones.

3. El Estilo del Liderazgo Nacional y la Alternativa Autoritaria

A la constelación de problemas descrita, se suman en Venezuela las dificultades provenientes del estilo político populista que predomina entre el liderazgo nacional. Varias características definen ese estilo: en primer lugar, la vocación demagógica, que lleva a ofrecer más de lo que se puede dar, y a generar expectativas que no son satisfechas; en segundo lugar, la concepción de la política como manipulación y la "visión de túnel" electoralista, que obstaculizan la voluntad creadora y merman la potencialidad de las maquinarias políticas para actuar como agentes del cambio social. Por último, una característica clave, y quizás la más nefasta, de ese "estilo" tan común en nuestro liderazgo es la *incapacidad para ver un abismo, contemplarse en él, y tomara tiempo las medidas correctivas para rectificar el rumbo y evitar una catástrofe.*

En tal sentido, uno de los pasos esenciales que deben darse con miras a afrontar políticamente la situación de deterioro nacional, es tomar plena conciencia de los riesgos que ella implica, en especial el de la gestación de una posible salida autoritaria en un futuro no muy lejano. Ello ha ocurrido en otras naciones latinoamericanas de desarrollo democrático más sólido que el nuestro, a causa no tan sólo de crisis estructurales en la economía, sino también, y fundamentalmente, del fracaso de las élites políticas civiles en gestionar los asuntos públicos, y de la consecuente pérdida de credibilidad de amplios sectores en la capacidad del Estado democrático para resolver eficientemente los problemas.

Con frecuencia, pero en particular en períodos como éste, se habla en Venezuela de la posibilidad de un "golpe de Estado militar", y la gente imagina una especie de "madrugonazo" o "cuartelazo" verticalmente dirigido y coordinado como un refinado mecanismo de precisión. Dejando de lado por ahora lo que significa la elevada

conciencia institucionalista de las Fuerzas Armadas Venezolanas, de la cual han dado muestra repetidas veces estas dos décadas, lo que cabe aclarar respecto a la "tesis del golpe de Estado" es que el vuelco hacia el autoritarismo no se produce de la noche a la mañana, sino que es un proceso complejo que madura a través del tiempo, y es resultado de una acumulación de conflictos no resueltos, de la convergencia del deterioro económico, la agudización de tensiones sociales y el marasmo intelectual de las élites políticas. Así, la "salida autoritaria" se da más bien como un proceso de "uruguayización" semejante al experimentado por países tales como Uruguay, Argentina y Chile, don-de el sistema pluralista se fue haciendo paulatinamente más autoritario desde dentro, a medida que descendía la capacidad de las élites dirigentes para mantener firme el rumbo del Estado.

Debo enfatizar que considero una "salida autoritaria" de este tipo seriamente perjudicial para Venezuela. Lo creo así, por un lado, por lo que ello significaría en términos de supresión de libertades, represión y costos sociales. En segundo lugar, y ya sin tomar en cuenta la cuestión de los valores políticos sino solamente el problema de la eficacia, porque pienso que no existe en Venezuela una estructura humana, distinta a la que ahora controla el "país político", capaz de gestionar un Estado tan complejo como el nuestro. Por último, considero que --como lo demuestra el caso de otras naciones latinoamericanas— los sistemas autoritarios, en lugar de garantizar la "Seguridad Nacional" se convierten más bien en una fuente inagotable de conflictos internos y externos, fundamentada en la represión permanente, la exclusión de amplios sectores de cualquier beneficio social, la desnacionalización de la economía de nuestros países y su entrega a los grandes intereses foráneos. No obstante, no basta con desear que no se produzca en Venezuela una situación de este tipo, pues el hecho es que puede producirse si no se da, a tiempo, un viraje al timón del Estado, que restaure la credibilidad de la nación en sus dirigentes y en la potencialidad de la democracia para actuar con responsabilidad y eficiencia ante los problemas de diversa índole que aquejan al país.

Decía anteriormente que las soluciones comienzan por ser *políticas*. Así como no he intentado hacer un diagnóstico exhaustivo de nuestras dificultades, sino de conectar entre sí una serie de hechos y extraer su significado, de la misma manera no trataré de aportar un catálogo de soluciones, sino de apuntar hacia algunas líneas de acción, inicialmente en el plano interno, que considero necesario adoptar cuanto antes. Si el problema central es restaurar la credibilidad, bastante erosionada, de los venezolanos en la democracia, se impone ante todo la constitución de un equipo de gobierno que inspire confianza al país. Este equipo debe integrarse con hombres de alta capacidad técnico-profesional en sus distintas ramas de actividad, e incorporar el mayor número de personalidades independientes posible. El sectarismo tiene que ser prontamente erradicado de nuestra democracia, pues el país está produciendo cada día un mayor número de hombres calificados, que no desean participar de militancia partidista, y que de no encontrar canales de participación pueden con facilidad experimentar frustraciones muy contraproducentes para un régimen de libertades. Por otra parte, el Ejecutivo debe tomar la iniciativa de generar un proceso de reforma institucional, que toque de un lado a la burocracia del Estado y corrija

apresuradamente en los diversos Ministerios e Institutos autónomos los vicios de ineficiencia y corrupción que campean en la Administración Pública. Entiendo que no es factible ni conveniente realizar cambios globales y radicales en corto tiempo; no obstante, un camino de reforma del Estado que ha dado éxito en países como Suecia e Israel, y que podría surtir efectos positivos en Venezuela, es el de la creación de "islas de excelencia" dentro del aparato gubernamental, es decir, organismos selecciona-dos por su importancia operativa, en los que inicialmente se concentran los esfuerzos de mejoramiento, y que luego funcionan como "correajes de transmisión" de esa excelencia hacia otros entes públicos. La propia organización de la Presidencia de la República, el Ministerio de la Secretaría y otros cuerpos asesores de la máxima autoridad ejecutiva del Estado podrían servir de base para esta "experiencia piloto" en la remodelación de la maquinaria gubernamental. De otro lado, esa reforma institucional debe alcanzar el sistema electoral venezolano. La relación íntima burocracia partidista-elecciones debe ser paulatinamente sustituida por una relación hombre-elecciones; la elección de tipo nominal debe hacerse una práctica corriente a todos los ni-veles, como medio para hacer posible que los electores puedan exigir el cumplimiento del deber por parte de sus re-presentantes. Estas reformas, sin lugar a dudas, tendrían que ir acompañadas por un proceso de descentralización administrativa, que haga real y manejable la acción política de los ciudadanos más allá de la capital de la República, y obligue a los funcionarios a rendir cuentas de su actuación ante sus localidades y no frente a las sedes centrales de los partidos.

El Congreso Nacional debe acrecentar su autonomía respecto al Ejecutivo, así como la de sus miembros respecto a las maquinarias políticas, que actualmente castigan a los que se atreven a pensar y actuar con criterio independiente. Toca al Congreso, en esta hora, promover un debate crítico sobre la situación global del país, su política interna y exterior, y asumir con mayor fuerza la misión de supervisión y control que le asigna la Constitución. En un régimen democrático el Parlamento es la institución política clave. Sin duda, el tradicional presidencialismo venezolano ha con-tribuido a disminuir el rol histórico del Congreso, pero si al menos un grupo de los hombres que le componen se empeñan en tratar con fuerza y decisión en las Cámaras problemas sustanciales de la vida nacional, sin aceptar censuras, será posible cifrarse nuevas esperanzas sobre un futuro "despertar" de la actividad parlamentaria en Venezuela. También es in-dispensable que el Poder Judicial empiece a actuar como tal; los venezolanos queremos ver que los delitos contra el Estado, por ineficiencia, corrupción, malversación, despilfarro e incumplimiento del deber son castigados y no quedan impunes. Una democracia blanda y debilucha, que tolera la ligereza en el ejercicio de las funciones públicas, no puede sobrevivir. El caso norteamericano es particularmente aleccionador en este sentido. Un juez de Distrito, John Sirica, fue capaz de colocar al entonces Presidente Nixon en una situación insostenible por su falta de honradez política. En Venezuela estaremos más seguros sobre las perspectivas de la democracia cuando cosas como ésa puedan realmente ocurrir, y las leyes se apliquen con toda la firmeza que exige la convivencia civilizada. Finalmente, en lo que respecta a lo económico, el

deber del Estado es repartir equitativamente los sacrificios que exige y exigirá la conversión de nuestra economía "postiza" en una economía de trabajo productivo. El capitalismo venezolano es "salvaje" y tiene que ser domesticado. La actitud paternalista del Estado sólo contribuye a deformarlo, y a la multiplicación de actividades especulativas amparadas en el brazo protector de los dineros públicos. La reforma del capitalismo exige el "castigo" (económico) a la ineficiencia y la recompensa a la productividad, a la capacidad de innovación y la voluntad de superación de empresas e individuos. Venezuela no es ni está en vías de convertirse en un país socialista, por lo tanto es inútil y contraproducente que el Estado adopte patrones de conducta de naturaleza paternalista en la vida económica; tal actitud es aún más contradictoria en vista de que, debido a la capacidad financiera que poseen los gobiernos venezolanos, las reformas económicas pueden llevarse a cabo sin pagar los costos sociales en que han incurrido otros países latinoamericanos.

Los venezolanos, no hay porqué dudarlo, estamos dispuestos a afrontar sacrificios, pero sólo si tenemos claro para qué, en qué dirección van. De allí que esperamos de nuestros gobernantes claridad de metas, jerarquización de prioridades, decisión, liderazgo, y, por sobre todo, plena sinceridad en el análisis y la exposición de los problemas del país y del camino al que lo conducen.

4. Interés Nacional, Pragmatismo y Política Exterior

Por las razones apuntadas al comienzo de este artículo, considero indispensable hacer referencia a la política exterior en cualquier esfuerzo serio de análisis de la situación nacional.

El más recurrente error de nuestra política exterior en el período democrático ha sido el de forzar a Venezuela a actuar como una potencia regional, y hasta extra-continental, cuando en realidad somos un "pequeño Estado", con limitaciones importantes en su capacidad de influir sobre los acontecimientos y de modelar el orden internacional de acuerdo a sus deseos. Lo más paradójico de la situación es que, al pretender actuar como "potencia", hemos perdido de vista muchas veces que el principio rector de la política exterior tiene que ser el interés nacional, y que éste debe definirse en íntima conexión con los propósitos internos del país y su seguridad nacional. Esa "conciencia de poderío", que no tiene el respaldo de una economía equilibrada, de una sociedad cohesionada e igualitaria, ni de un régimen político verdaderamente sólido, nos ha llevado a asumir innumerables compromisos de toda naturaleza, en la OPEP, la lucha "tercermundista", la integración regional, la competencia por influencia en el Caribe; compromisos que van desde el apoyo a gobiernos tambaleantes ante una oposición generalizada (El Salvador), hasta el intento de dar organicidad política a un Pacto Andino sin vida económica, de "mediar" en guerras y "transformar el orden económico mundial".

Es hora de que los venezolanos nos convenzamos de que somos un "pequeño Estado", que no hay nada de qué avergonzarse al respecto, y de que debemos actuar más en función de nuestros intereses y gastar menos energías en macrovisiones que ni siquiera Estados más poderosos —rea-listas, al fin— se atreven a entretejer. No hay peor equivocación para la política exterior de un "pequeño Estado" que la dispersión de sus frentes de acción, el intento de resolver muchos problemas a la vez, y de proyectarse más allá de lo que aconseja una elemental prudencia, para no llamarla realismo político. Poco a poco, la opinión pública venezolana comienza a preguntarse dónde nos llevan tantos compromisos, por qué debemos actuar como si fuésemos providenciales salvadores de la democracia, la paz y la justicia en el continente y el mundo, por qué cuando surgen asuntos que directa y concretamente afectan nuestros propios intereses (como la negociación con Colombia sobre el "Diferendo" y el "caso Guyana") el Estado no "entra en sintonía" con las aspiraciones de la población, ni se mueve con la firmeza y claridad de miras necesaria.

Nuestra política exterior debe ser cuestionada en sus raíces, y colocada de plano al servicio del interés nacional venezolano, definido de manera más modesta pero también más realista. Esa política exterior debe ser instrumento de nuestra seguridad nacional, entendida como preservación y protección del territorio, la población y las libertades in-ternas y externas del país. Debe también esa política exterior servir los propósitos de desarrollo económico interno de la nación. En tal sentido cabe hacer dos aclaraciones:

Primero: No propugno la adopción de una "estrategia pasiva" por parte de Venezuela en materia de política exterior; pienso que debemos mantener una estrategia activa, pero hay dos formas de implementarla: una estrategia activa ideológica y otra pragmática. La primera, basada en la retórica, en los buenos deseos, en principios abstractos, en el maniqueísmo político y moral, y el "espíritu de cruzada" regional e internacional es perjudicial para Venezuela; conduce al intervencionismo, el utopismo, la dadivosidad no retribuida, la adquisición de compromisos insostenibles y la multiplicación de adversarios. Una estrategia activa pragmática, por el contrario, se basa en la apreciación sobria y mesurada de nuestras potencialidades y limitaciones, y se dirige a lograr lo que más conviene al país, con espíritu amistoso hacia iodos los Estados, pero con gran firmeza en la defensa de lo que es nuestro, de los venezolanos de hoy y mañana.

Segundo: La relación entre política exterior y seguridad nacional debe concebirse en forma amplia, que trascienda lo puramente territorial. El desarrollo presente y futuro de la economía venezolana es un aspecto clave: la penetración de intereses transnacionales en sectores tan vitales como el petrolero y el de la construcción, para dar dos ejemplos, re-presenta un serio reto para nuestra seguridad nacional y para la capacidad de acción autónoma del Estado en el porvenir.

En el terreno de la política exterior debemos dar prioridad absoluta a la política petrolera, concebida como una herramienta del desarrollo interno del país, y no esencialmente como "arma para lograr los grandes objetivos del Tercer Mundo". Debemos igualmente revisar la participación de Venezuela en el Pacto Andino y los

programas de ayuda en el Caribe, hacer un balance de costos y beneficios, políticos y comerciales, y reordenar nuestras prioridades de acuerdo a ese análisis. Es esencial que el Estado venezolano modere ese espíritu profetice, de gran protagonista y prócer tercermundista que ha contaminado por ya demasiados años nuestra proyección internacional. En política exterior la generosidad no retribuida es una receta casi insuperable para el fracaso y la desilusión. Creo también necesario que el país planifique sus negociaciones con dos de nuestros vecinos, Colombia y Guyana, en base a una perspectiva político-estratégica, orientada siempre con gran firmeza por la más alta dirección del Estado. Debemos también pensar, en el campo de las relaciones bilaterales, en alentar relaciones preferenciales con algunos-países, que por su tamaño y poderío pueden ofrecer mayores alternativas de intercambio, y dar apoyo a nuestros objetivos en otros aspectos de la política exterior. Me refiero de manera específica, en la región latinoamericana, al Brasil. Es hora asimismo, y finalmente, de corregir errores graves, como el apoyo irrestricto del pasado gobierno a la Junta salvadoreña, que nos comprometía políticamente en el callejón sin salida de una guerra popular, a la vez que nos sujetaba al status quo centroamericano, condenado a naufragar. Venezuela debe cuidarse de "hacer el juego" a Estados Unidos (o cualquier otro país) en Centroamérica y el Caribe, y velar celosamente por su autonomía de acción en el área.

5.Conclusión

Este no es momento, para Venezuela y los venezolanos. Es momento de decisión y de verdades, como único camino en la defensa de nuestra dignidad nacional y libertades, y en el avance hacia una sociedad más justa. Los retos que afronta la democracia venezolana son graves, y sus perspectivas, hay que decirlo con franqueza, no son del todo alentadoras. De no producirse a tiempo un "golpe de timón" político que con gran voluntad y persistencia realice las reformas necesarias, el proceso de deterioro socioeconómico y erosión en la credibilidad del sistema continuará en forma indetenible, hasta desembocar posiblemente en una alternativa de "reordenamiento" autoritario, con las severas consecuencias que ya se han apuntado en estas notas. Los partidos políticos fundamentales del "stablishment", Acción Democrática y Copei, tienen la responsabilidad primordial de imprimir al país el cambio de rumbo que reclama. Sólo ellos, desde dentro del sistema, están en capacidad de hacerlo y no podrán aplazar indefinidamente las decisiones requeridas.